

V. I. Lenin

El Estado y la revolución

Introducción de Jesús de Andrés



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Gosudarstvo i revoliutsiya*

Primera edición: 2006
Segunda edición: 2012
Octava reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Retrato de Lenin*
© Chris Hellier / Corbis / Cordon Press
Selección de imagen: Laura Gómez Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción: Jesús de Andrés Sanz, 2006
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7366-0
Depósito legal: M. 12.820-2012
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción: Lenin, la teoría marxista del Estado y las necesidades de la revolución, por Jesús de Andrés
- 33 Bibliografía
- El Estado y la revolución
- 35 Prólogo a la primera edición
- 39 Prólogo a la segunda edición
- 41 1. La sociedad de clases y el Estado
- 65 2. El Estado y la revolución. La experiencia de los años 1848 a 1851
- 83 3. El Estado y la revolución. La experiencia de la Comuna de París de 1871. El análisis de Marx
- 111 4. Continuación. Aclaraciones complementarias de Engels
- 146 5. Las bases económicas de la extinción del Estado
- 173 6. El envilecimiento del marxismo por los oportunistas
- 198 Palabras finales a la primera edición

Introducción

Lenin, la teoría marxista del Estado y las necesidades de la revolución

La disolución de la Unión Soviética en 1991 dio paso a un intenso período de eliminación de los símbolos comunistas. Casi de la noche a la mañana, especialmente en las grandes ciudades, fueron retiradas decenas de estatuas y bustos de diferentes secretarios generales del Partido y héroes de la revolución; miles de hoces y martillos moldeados en todos los materiales y tamaños imaginables; esculturas alegóricas y lemas que hasta ese momento habían configurado un espacio simbólico apenas puesto en entredicho. Las señas de identidad del Estado soviético, que durante siete décadas ejerció el poder condicionando no sólo el destino de sus habitantes sino del planeta en su totalidad, comenzaron a ser eliminadas. La omnipresente figura de Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, ideólogo y fundador de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, no escapó a esta pacífica purga.

Lenin ha sido posiblemente el personaje no religioso más idolatrado de la Historia. Su nombre y seudónimo pueden rastrearse, en algunos casos actualmente, en la toponimia de decenas de ciudades: Uliánovsk, en Rusia; Leninabad, en Tayikistán; Lenínakan, en Armenia; Lenino, en Ucrania; Leninogorsk y Leninsk, en Kazajstán; Lenínváros, en Hungría; Leningrado, también en Rusia, etc. Su tumba, convertida en atracción turística y motivo de discusión a partes iguales, ocupa todavía hoy la Plaza Roja de Moscú. Bibliotecas, picos montañosos, salas de conciertos e incluso la red de metro moscovita, por poner algunos ejemplos, llevan su nombre. Sin embargo, lo ocurrido a algunas de sus estatuas en la capital rusa, que como tal albergaba el mayor número de ellas, ha sido la imagen gráfica del auge y caída no sólo del personaje, sino también de su pensamiento, de sus teorías y de su proyecto político: durante décadas ocuparon siempre un lugar preferente en plazas y edificios públicos hasta que, a partir de 1992, fueron trasladadas a un pequeño terreno ubicado en un lateral de la sección contemporánea de la Galería Tetriakov, cerca de Park Kulturi; en un primer momento, según iban llegando, desparramadas y abandonadas sobre la hierba; más adelante, tras transformarse el lugar en un «parque temático» de la iconografía socialista, convertidas en rescoldo de una memoria soviética con la que la Rusia de hoy no sabe qué hacer.

A medio camino entre el líder revolucionario que acompaña su acción de una reflexión teórica que dé cobertura a aquélla y el intelectual que se obstina en llevar a cabo sus ideas, Lenin fue el artífice de la revolución rusa de octubre de 1917 a la vez que el teórico político que, adaptan-

do el pensamiento marxista, instituyó el Estado soviético. Sobre si en su personalidad destacó más el hombre de acción que el estudioso se han publicado cientos de páginas que no aclaran de forma definitiva la cuestión. En *El Estado y la revolución* quedan definidos los dos perfiles: el revolucionario que considera que ha llegado el momento y ansía la toma del poder ante la postura tibia de muchos de sus seguidores, y el erudito marxista, preocupado por hacer encajar su presente en el modelo histórico de Marx a la vez que por realizar sus aportaciones particulares al mismo. Escrita en el verano de 1917, recién cumplidos los cuarenta y siete años, en el período convulso que siguió al derrocamiento del zar Nicolás II tras la revolución de febrero y apenas unos meses antes de la definitiva embestida que dará el poder a los bolcheviques, es la obra que mejor nos acerca al que sin duda ha sido uno de los personajes más influyentes del siglo XX. A la vez alegato revolucionario y teoría del Estado, *El Estado y la revolución* solventará algunas cuestiones clave de la teoría marxista pendientes de resolver y cubrirá no pocas de sus lagunas, contribuyendo a la inmediata instauración del poder bolchevique y la propagación del modelo soviético por buena parte del globo en las décadas siguientes.

El definitivo fracaso del leninismo como modelo político y social, consecuencia de la «traición» estalinista, para unos, o de la descabellada pretensión de articular de forma violenta una utopía a todas luces inviable, para otros, ha despojado a esta obra, al igual que a sus estatuas moscovitas, de la trascendencia que en su momento tuvo. Ya no es necesario convertirla en dogma de fe ni despreciarla por la amenaza que pueda suponer. Todo lo

contrario, ha ganado en la distancia un redoblado interés que nos acerca sin prejuicios a su autor, nos permite calibrar sus repercusiones teóricas y prácticas y, en definitiva, nos da una de las claves de lo que fue el siglo XX.

El autor: Lenin y su trayectoria vital

Vladímir Ilich Uliánov nació en abril de 1870 en Simbirsk, ciudad que durante décadas, en su honor, se denominaría Uliánovsk, en el seno de una acomodada familia de clase media. Sus rasgos asiáticos, herencia genética de una abuela de etnia calmuca, serían utilizados en el futuro por sus hagiógrafos para disfrazar su biografía inventando un pasado humilde que no fue tal. Tanto su padre, profesor de matemáticas e inspector de educación, como su madre, una instruida ama de casa que hablaba varios idiomas y sabía tocar el piano, poseían título de nobleza hereditaria. Lenin pasará su infancia y adolescencia en un ambiente confortable y conservador.

La muerte de su padre, en 1886, cuando apenas contaba con dieciséis años, vino a trastocar el equilibrio familiar. Un año después, su hermano Alexander, alumno de la Universidad de San Petersburgo, quien estaba relacionado con el grupo revolucionario Narodnaia Volia (Libertad del Pueblo), se vio implicado en un intento de atentado contra el zar. Tras ser juzgado, fue condenado a muerte y ejecutado. Esta tragedia marcaría en buena medida el futuro de Lenin, que en ese mismo año, 1887, se matriculó en la Universidad de Kazán. Acusado de actividad revolucionaria, sobre todo por la sospecha que las autoridades rusas pro-

yectaron al tratarse de un hermano de Alexander, fue condenado poco después a arresto domiciliario en la hacienda familiar de su abuelo materno. Durante su retiro se dedicó a la lectura de literatura social rusa y de autores como Marx o Chernishevski. En 1892 acabó sus estudios de derecho en la Universidad de San Petersburgo, y ejerció durante algún tiempo la abogacía en la ciudad de Samara y en la entonces capital rusa. Allí, en San Petersburgo, conocería a la que con el tiempo sería su mujer, Nadiejda Krúpskaia, quien le introdujo en los ambientes políticamente más comprometidos. En 1895, tras realizar un breve viaje a Suiza para establecer contacto con las figuras más destacadas del marxismo ruso, especialmente con Plejánov, fue detenido por su actividad subversiva y pasó una temporada en la cárcel antes de ser desterrado a Siberia, donde permaneció hasta 1900. Nadiejda, que también había sido deportada, fue autorizada a instalarse junto a Lenin, con quien se casaría en 1898 en una ceremonia religiosa ortodoxa. Durante meses, ocuparon su tiempo realizando traducciones, leyendo y estudiando, así como disfrutando de la salvaje naturaleza que les rodeaba. Será al finalizar su destierro siberiano, en 1900, cuando Vladímir I. Uliánov, que hasta ese momento había utilizado distintos seudónimos para firmar sus escritos (como *Tulin*, en referencia a la ciudad de Tula), tome el nombre del río Lena como propio, adoptando desde ese momento el apodo de *Lenin*.

Tras el destierro en Siberia, Lenin huyó a Suiza, esta vez no con la intención de establecer contactos, sino con la idea firme de permanecer alejado de Rusia. En esta nueva etapa editaría, junto a otros refugiados rusos, entre los que se encontraba Plejánov, *Iskra* (La Chispa), un periódico

de agitación socialista. En 1902 escribió una de sus más importantes obras, *¿Qué hacer?*, que puso las bases para la creación de un partido rígidamente disciplinado, obediente, en parte clandestino, profesionalizado y dirigido a la consecución rápida del poder. Precisamente, el diseño del Partido fue el asunto que acabó dividiendo a los miembros del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en dos facciones: tras la celebración en Londres de su II Congreso, en 1903, los seguidores de Lenin formarían parte del grupo denominado bolchevique (mayoritario) y sus opositores, encabezados por Martov, del menchevique (minoritario), designaciones que se mantendrían en el tiempo a pesar de que la relación de fuerzas variara en uno y otro sentido. Hasta 1917, Lenin apenas regresó unos meses a Rusia tras la revolución de 1905, levantamiento que escapó a sus previsiones y al que apenas contribuyó. En 1909 publicó su principal obra filosófica, *Materialismo y empiriocriticismo*. Durante los años de exilio dedicó la mayor parte de su tiempo al trabajo político: en 1912 organizó en Praga el congreso fundacional del Partido Bolchevique y lanzó a la calle el periódico *Pravda* (La Verdad).

La revolución de febrero de 1917, que derrocó al zar en una Rusia desgastada por efecto de la Primera Guerra Mundial, cogió a Lenin por sorpresa y le empujó a una actividad frenética. Hasta el inicio de la revolución y la formación del Gobierno Provisional, el 2 de marzo según el viejo calendario juliano, se había dedicado a ultimar su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Un mes después regresaría a su país, atravesando una Europa inmersa en el conflicto bélico, gracias al apoyo del Estado Mayor alemán, que organizó el viaje para favorecer la pre-

sencia en Rusia de quien abogaba por la retirada inmediata de las tropas y el fin de la guerra. En las semanas y meses siguientes redactaría las *Tesis de abril* (donde defendió el abandono de la guerra, la retirada de apoyo al Gobierno Provisional y la entrega de todo el poder a los *soviets* o consejos), se vería obligado a esconderse en Finlandia al ser buscado por el Gobierno (como respuesta al intento de insurrección ocurrido en julio), redactaría *El Estado y la revolución* y organizaría y dirigiría el proceso revolucionario que acabó conquistando el poder para los bolcheviques. A partir de este momento, durante apenas cinco años, ejerció el poder prácticamente sin oposición: creó la Cheka (policía secreta), disolvió la Asamblea Constituyente, colaboró con Trotski en la organización del Ejército Rojo, firmó la paz con Alemania y tuvo que hacer frente a la guerra civil. En 1921 había aplastado ya toda oposición a los bolcheviques, principalmente al resto de las fuerzas de izquierda, había vencido en la guerra civil a los ejércitos blancos y había puesto en marcha la Nueva Política Económica. Tras transformar el viejo imperio ruso en la nueva URSS, en 1922 sufrió varios ataques de hemiplejía que le fueron retirando del poder hasta su fallecimiento en 1924.

La teoría marxista y el Estado

Marx y Engels, tras definir y analizar el sistema capitalista, y desde la creencia en la existencia de leyes históricas objetivas, predijeron la llegada de una nueva sociedad, la comunista. La sociedad capitalista, apoyada en unas relaciones económicas radicalmente injustas en las que una

clase privilegiada, la burguesía, oprimía a la clase más débil, el proletariado, tenía sus días contados: la revolución acabaría con el yugo impuesto por una clase a otra. En este esquema, bajo el capitalismo, el Estado no era más que un instrumento al servicio de la lucha de clases, un mecanismo utilizado por la burguesía para reprimir a la clase obrera. De esta forma, la concepción que el marxismo clásico tenía del Estado era la de un ente represivo al servicio de una clase social cuyo objetivo consistía en asegurar el correcto funcionamiento de los engranajes del sistema. Resultado de ello, el proletariado sólo podía abandonar su condición de clase oprimida a través de una revolución violenta que tuviera como fin la conquista y destrucción del Estado burgués para sustituirlo por el Estado proletario, en un primer momento, y por la supresión del propio Estado, después.

Para alcanzar ese estadio deseado en el que reinaría la libertad y se superaría la división en clases era necesario, sin embargo, recorrer tres etapas previas: la dictadura del proletariado, el socialismo y el comunismo. Tal y como exponen Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, «el proletariado utilizará su dominio político para arrebatar progresivamente todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en el Estado, esto es, en el proletariado organizado como clase dominante» (2005: 67-68). Será la dictadura que instaure el proletariado, tras alcanzar el poder estatal, la que permita ese primer paso, que, tal y como aclaran Marx y Engels, «naturalmente, [...] sólo puede ocurrir, al principio, por medio de operaciones despóticas sobre el derecho de propiedad y sobre las relaciones burguesas de producción» (2005: 68).

La dictadura del proletariado, al igual que el socialismo, se concibe como un tiempo de preparación para la última y definitiva fase en la historia de la humanidad: la sociedad comunista, en la que no habrá conflicto alguno y resplandecerán la libertad y la igualdad. Planteado el recorrido a seguir, la disputa sobre la necesidad de abolir el Estado inmediatamente o, por el contrario, después de una etapa de transición fijó el debate entre los anarquistas, partidarios de la primera posibilidad, y los marxistas, defensores de la dictadura del proletariado. La ruptura de la Primera Internacional, escenificada en la expulsión de Bakunin tras el Congreso de La Haya celebrado en 1872, se produjo precisamente como consecuencia de la oposición de los anarquistas a la creación de un Estado proletario, tal y como defendía el modelo de Marx. No obstante, a pesar de la aparente claridad del recorrido histórico a seguir, ni Marx ni Engels realizaron, más allá de estas consideraciones, tan siquiera un pequeño esbozo de teoría del Estado. No profundizaron en su origen, no describieron su estructura, no aclararon su composición y no elaboraron su concepto. De hecho, el propio Marx había reconocido esta deficiencia y previsto realizar un análisis amplio y riguroso del Estado en un cuarto libro de *El capital*, trabajo que no completaría jamás.

Lenin y la elaboración de una teoría marxista del Estado

Fue Lenin quien, consciente de esta carencia fundamental y condicionado por sus necesidades revolucionarias, completó la teoría marxista del Estado. Más allá de las

líneas generales definidas por Marx y Engels, para Lenin el control del Estado era necesario. Necesario no sólo con la vista puesta en alcanzar el comunismo sino para, a corto plazo, acabar con el enemigo; necesario para que el proyecto revolucionario tuviera alguna posibilidad de ser llevado a la práctica. En *El Estado y la revolución*, obra escrita en el verano de 1917, una vez decidido a poner en marcha el definitivo asalto al Estado ruso, sistematizó el anterior pensamiento marxista y sentó las bases de lo que se debía hacer, de las primeras funciones del Estado tras la revolución: ser instrumento de represión que asegurara la supervivencia del proyecto revolucionario; mantener la organización social; modificar la estructura económica, social y política; y, por último, preparar la llegada del socialismo y del comunismo. El debate con los anarquistas quedaba aclarado: «Nosotros no discrepamos en modo alguno de los anarquistas en cuanto al problema de la abolición del Estado, como *meta final*. Lo que afirmamos es que, para alcanzar esta meta, es necesario el empleo temporal de las armas, de los medios, de los métodos del poder del Estado *contra* los explotadores, como para destruir las clases es necesaria la dictadura temporal de la clase oprimida» (p. 116 *infra*).

La sustitución del Estado burgués por el Estado proletario tendría lugar, tal y como se había anunciado, a través de una revolución violenta. Sin embargo, según Lenin «la supresión del Estado proletario, es decir, la supresión de todo Estado, sólo es posible por medio de un proceso de “extinción”» (p. 63 *infra*). En un primer momento, toda vez que el Estado burgués era utilizado por

la minoría (la burguesía) para controlar a la mayoría (el proletariado), Lenin suponía que muchas de las funciones estatales se simplificarían, ya que es más sencillo el control de la minoría por parte de la mayoría. Las funciones de instituciones represivas como el ejército, la policía o la administración de justicia podrían ser asumidas por otras formas de organización alternativas como los *soviets*. En cualquier caso, Lenin, pese a seguir considerando al Estado como una maquinaria al servicio de la clase dominante, admitirá que, en determinadas circunstancias, puede gozar de cierta autonomía que le haga desempeñar un papel de árbitro en el conflicto entre clases. Son los casos del Estado francés en tiempos de Napoleón III o del gobierno de Kerensky en la Rusia de 1917: cuando coinciden una clase en decadencia y una clase en ascenso el Estado asegura el equilibrio entre ambas.

Lenin dejó clara la necesidad de hacerse con el control del Estado existente para, desde él, permitir la transición al comunismo, aunque sin especificar cómo se produciría esta última. Al fin y al cabo, la urgencia teórica partía del hecho de que Marx y Engels no habían aclarado qué debía hacerse con el Estado y resolver la cuestión apremiaba, ya que la coyuntura política posibilitaba un derrocamiento violento del Gobierno provisional. Lenin resolvió el problema de la manera más sencilla: era necesario apoderarse del Estado, ya que sólo controlándolo se podría proceder a su modificación. El planteamiento teleológico de la cuestión, que convertía los escritos de Marx en dogma de fe, evitaba el cuestionamiento de lo que ocurría realmente en Rusia y los hechos sólo interesaban en tanto en cuanto encajaban en el modelo. Al fin

y al cabo, Marx había desvelado las leyes del desarrollo humano y su modelo historicista hacía predecible, e inevitable, el destino final de la sociedad: el comunismo, el *radiante porvenir* del que durante años habló la propaganda soviética. El problema radicaba en que olvidó aclarar cómo se llegaría a él.

Al referirse a la transición del capitalismo al comunismo, en la quinta parte de *El Estado y la revolución*, Lenin hace profesión de fe: «bajo el capitalismo tenemos un Estado en el sentido estricto de la palabra, una máquina especial para la represión de una clase por otra, y, además, de la mayoría por la minoría [...]; en la *transición* del capitalismo al comunismo la represión es *todavía* necesaria, pero ya es la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los explotados [...], la necesidad de *una máquina especial* para la represión comienza a desaparecer. [...] Finalmente, sólo el comunismo suprime en absoluto la necesidad del Estado, pues bajo el comunismo *no hay nadie a quien* reprimir, “nadie” en el sentido de *clase*, en el sentido de una lucha sistemática contra determinada parte de la población. [...] sabemos que la causa social más importante de los excesos, consistentes en la infracción de las reglas de convivencia, es la explotación de las masas, la penuria y la miseria de éstas. Al suprimirse esta causa fundamental, los excesos comenzarán inevitablemente a “*extinguirse*”. No sabemos con qué rapidez y gradación, pero sabemos que se extinguirán. Y, con ellos, se *extinguirá* también el Estado» (pp. 155-157, *infra*). El propio Lenin tendría tiempo, a pesar de su prematura muerte, de intuir que algo fallaba en los pronósticos de la teoría. A quienes hemos

conocido el derrumbe de los sistemas comunistas, estas predicciones nos pueden resultar ingenuamente conmovedoras o un absoluto disparate, dependiendo del punto de vista. A quienes sufrieron la represión política, la ineficacia económica y la sinrazón organizativa del modelo soviético, por ser súbditos de la URSS o de algún país de su esfera de influencia, posiblemente sólo les quede el sarcasmo de dar la razón a Lenin cuando afirmaba que «bajo el comunismo no hay nadie a quien reprimir», porque todos habían sido ya reprimidos.

Rusia y la revolución

La revolución de octubre de 1917 no sólo no encajó en el modelo de levantamiento proletario anticipado por Marx, previsto para una potencia industrial como Inglaterra o Alemania, sino que tuvo un carácter específicamente ruso. La historia de Rusia en el siglo XIX nos descubre, tras la apariencia imponente del Imperio y de la monarquía zarista, un país atrasado, con unas estructuras políticas y estatales rígidas, de espaldas a los movimientos liberales que se consolidaban en el resto de Europa. Los zares, en su pretensión de conservar el sistema heredado, mantuvieron una política exterior que avivaba la ilusión de ser equiparables al resto de las potencias europeas. En realidad, tras la fachada imperial no había más que un país agrícola en el que pervivían un atraso feudal y una pobreza extrema. La derrota zarista en la guerra de Crimea (1853-1856), contra Francia y Gran Bretaña, evaporó el espejismo y obligó a poner en mar-

cha algunos cambios. De esta forma, las reformas emprendidas decretaron la abolición de la servidumbre, lo que posibilitó la aparición de una mano de obra que tendría gran importancia en el desarrollo industrial posterior. Sin embargo, la apertura política, lejos de llevarse a cabo, se evitó por todos los medios, radicalizando más, si cabe, a los pequeños grupos de oposición revolucionaria, especialmente anarquistas y marxistas.

La industrialización comenzada en 1890, además de aprovechar la mano de obra existente, trajo consigo la aparición de una clase industrial que reivindicó las ideas liberales. De este modo, la revolución de 1905 enfrentó a la anticuada autocracia zarista (la vieja nobleza, el ejército y la Iglesia ortodoxa) con los dos nuevos grupos formados o reforzados en los tres lustros anteriores: una clase media liberal y una clase trabajadora. 1905 fue la suma, por tanto, de un movimiento reivindicador impulsado por los valedores de las ideas liberales y, a la vez, de una revuelta obrera y campesina. Una serie de concesiones liberales, como la creación de un Parlamento (la *Duma*), tranquilizaron a la nueva clase urbana; por su parte, la formación del primer *soviet* de diputados de San Petersburgo relajó los ánimos en las clases más desfavorecidas.

En febrero de 1917, en plena guerra mundial, la situación se repitió. En esta ocasión las protestas sólo se detuvieron con la abdicación del monarca. De nuevo el frente fue doble: un Gobierno Provisional de corte liberal acabó con el poder de la autocracia y se recuperó el *soviet* de 1905. A partir de la revolución de febrero regresaron numerosos revolucionarios al país, entre ellos Lenin, quien dedicó sus esfuerzos a analizar la situación y

preparar la definitiva revolución. En sus *Tesis de abril* definió los acontecimientos de febrero como una revolución burguesa que daría paso a una revolución socialista, haciendo encajar lo ocurrido y sus deseos en la teoría marxista clásica. En agosto, tal y como hemos señalado, estudió y describió las características de la futura estructura estatal en el presente libro. El triunfo de la revolución de octubre, que culminó todo un período de entusiasmo transformador, de agitación social, de movimiento de masas, de creación continua de *soviets* locales, supuso la ruptura con el Gobierno liberal y el comienzo del Estado socialista.

La construcción del Estado soviético

En su primera intervención, tras el triunfo de la revolución, ante el *soviet* de Petrogrado (antigua San Petersburgo) Lenin antepuso como primera labor, tal y como estaba previsto, la construcción del Estado socialista proletario. Tras disolver la Asamblea Constituyente, cuyas elecciones, convocadas por el Gobierno Provisional, habían sido reivindicadas con especial intensidad por los bolcheviques con anterioridad a la revolución de octubre, se aprobó la creación de la República Soviética Socialista Rusa y comenzó la elaboración de una Constitución que fue presentada en julio de 1918. Su principal tarea, tal y como detallaba dicho texto constitucional, fue la de establecer «la dictadura del proletariado urbano y rural y del campesinado pobre», justificada como un instrumento provisional para «establecer progresiva-

mente el socialismo, en el que no habrá ni división de clases ni poder estatal». La articulación de la dictadura del proletariado la realizarían los *soviets*. Ellos eran, imitando el modelo revolucionario de la Comuna de París de 1871, la pieza fundamental para construir el nuevo tipo de Estado que, siguiendo el guión, acabaría con las desigualdades sociales y con las diferencias entre gobernantes y gobernados. Sin embargo, la disputa sobre si debía predominar el poder de los *soviets* o el de los niveles superiores de la estructura soviética fue resuelta a favor de estos últimos a través del principio del «centralismo democrático»: la fuente del poder eran los *soviets*, mientras que su ejercicio correspondía al Congreso de los Soviets de Rusia y a su Comité Ejecutivo Central.

La necesidad de vencer en la guerra civil (1918-1920) que siguió a la revolución tuvo un tremendo coste material, humano y político para los bolcheviques. Una vez finalizada la misma se procedió a organizar el sistema político más allá de los principios constitucionales que, en ocasiones, poco tenían que ver con la realidad, y alejándose cada vez más de lo que se suponía era una fase de disolución del Estado. Un ejemplo claro del carácter semántico del texto constitucional es que defendía el principio federal pero no establecía cuáles eran los territorios federados, ya que el control de los bolcheviques sobre buena parte de Rusia era inexistente. En 1922 las repúblicas rusa, ucraniana, bielorrusa y transcaucásica firmaron la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y determinaron la elaboración de una nueva Constitución que sería finalmente aprobada en 1924. Este nuevo texto definía mejor la nueva organización te-

territorial, que se caracterizaba por su complejo sistema de autonomías y por la desigualdad existente entre los distintos miembros que la integraban: repúblicas federadas, repúblicas autónomas y regiones autónomas. La organización estatal, pese a estas reformas, fue modificada apenas superficialmente al extender los órganos de la República Federada de Rusia al resto del Estado federal. Es más, pese a lo que pudiera parecer, en realidad se avanzó hacia mayores cotas de centralismo político al crearse el Presidium del Comité Ejecutivo Central y destacar por encima del mismo su presidente, que en la práctica ejercía funciones de jefe de Estado. Una vez más, las pretensiones de transitar hacia la sociedad comunista y disolver el Estado se quedaron en mera retórica.

La muerte de Lenin en 1924, por si quedaba alguna duda, abrió un proceso de lucha por el poder tras el que no anidaba ningún intento de retomar la teoría. Después de su desaparición se enfrentaron dos concepciones distintas del modelo de Estado, del camino que debía emprender la Unión Soviética, pero ninguna de ellas implicaba de manera real la puesta en marcha de la transición pendiente. Por un lado, Trotski apoyó la necesidad de que nuevos Estados abrazasen la causa socialista. Difícilmente podría sobrevivir un único Estado y menos preparar el camino para el comunismo, por lo que defendió la necesidad de la revolución permanente, es decir, de una revolución mundial que acabara totalmente con el capitalismo. Por su parte, Stalin sostuvo la construcción del socialismo en un solo país. Lo importante era que la Unión Soviética se hiciera fuerte para, de esta forma, facilitar su acceso al comunismo. El triunfo de las tesis de